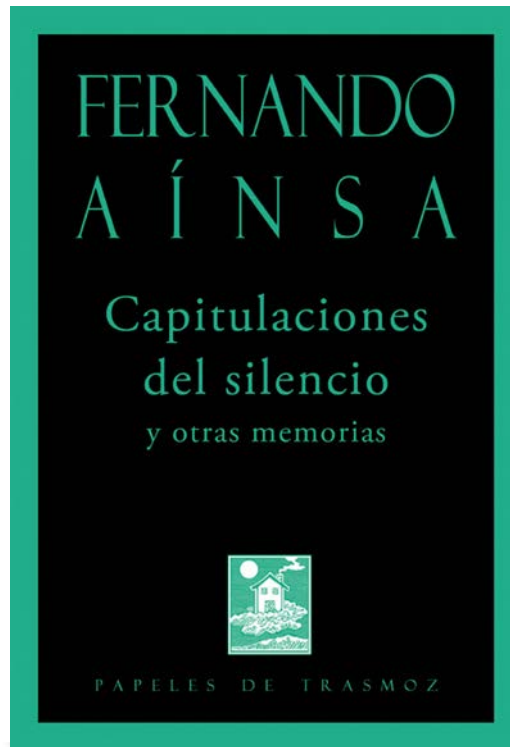


Poesía que avanza al desandar

Alfredo Saldaña

Fernando Aínsa; *Capitulaciones del silencio y otras memorias*. Zaragoza. Olifante, 2015.



Autor de una amplia y reconocida obra como ensayista, narrador y crítico literario, Fernando Aínsa ha publicado un buen número de obras que forman parte ya del patrimonio cultural e intelectual de nuestro tiempo. A ese amplio conjunto (en el que encontramos algunos textos fundamentales para entender las derivas del pensamiento social y político latinoamericano y el lugar que en él ocupan las construcciones literarias y simbólicas), viene a sumarse en estos últimos años un registro lírico en el que hallamos títulos como *Aprendizajes tardíos* (2007), *Poder del buitre sobre sus lentas alas* (2012) y *Capitulaciones del silencio y otras memorias* (2015), un texto estremecedor que me ha golpeado

intensamente, no sé muy bien si por la temática que incorpora o por ese lugar genérico ciertamente inestable en el que se sitúa dentro del campo literario, hechos que en todo caso han de verse como síntomas de una escritura que ha decidido ubicarse no en un territorio familiar y conocido sino sobre el inquietante filo de la navaja, ahí, al borde de un abismo en cuyo fondo se suscitan las cuestiones esenciales, los asuntos que de verdad importan, esos que tratan de detectar preguntas del tipo: ¿Es posible comprender a través de lo que las palabras callan?, esto es, ¿qué margen de sentido se esconde en la cara oculta del lenguaje, tras el silencio —y cito ya una palabra tomada del título de este libro—, que da paso al tiempo de la callada?

Capitulaciones del silencio y otras memorias es, por diversas razones, un libro inquietante, inclasificable y extraordinario porque, al margen de la potente plasticidad de los textos que aquí podemos leer, de entrada, se encuentra en los antípodas de la literatura hoy más extendida y valorada socialmente, esa que se dedica a recrear las anécdotas más banales, repite unas cuantas fórmulas expresivas de éxito garantizado y destierra el pensamiento del espacio del poema, contando así con el apoyo mayoritario de una casta sectaria de escritores y críticos y de una turba acrítica de lectores. ¿Qué encontramos en estas *Capitulaciones del silencio*?: ¿poemas, epístolas, fragmentos narrativos, ensayos,

ajustes de cuentas con una memoria personal erosionada por el paso del tiempo? En mi opinión, encontramos una escritura liberada de todo tipo de tópicos y prejuicios en la que la vida, su relato, emerge sin condiciones, sin contemplaciones.

Es un libro que provoca en el lector un cierto desajuste, una profunda inquietud en la medida en que consigue golpear su conciencia. Estoy muy de acuerdo con Juan Domínguez Lasierra, cuando anota en el prólogo que es un texto que “consigue la máxima eficacia emocional con el mínimo de retórica” (p. 9). Yo añadiría que estamos ante un texto concebido a la luz de una poética de la pobreza, basada en la consigna de que menos puede ser más, una poética en la que la pérdida, la desposesión, la renuncia y el desgaste son elementos medulares de una escritura que lucha por dar nombre a lo desaparecido. La pasión y el pensamiento sabiamente conjugados: emociones que suscitan reflexiones, ideas que provocan alteraciones del ánimo y la conciencia.

Escritura concebida desde la idea de que el lenguaje no sugiere tanto lo que nombra como la amenazante posibilidad de su extinción, quizás el horizonte infinito de un paisaje cercado por el olvido, recuperado en parte por la memoria. Algunas personas (la hermana, la madre, Dorita, Álvaro, Eduardo, la esposa, el padre), algunos lugares ligados al imaginario familiar (Palma de Mallorca, Montevideo, Santo Domingo de los Colorados, Aix-en-Provence, Zaragoza), algunos objetos (un jersey, una reproducción del busto de Nefertiti, una bufanda, algún auto, alguna moto, unos libros), elementos todos ellos que dan cuenta de un tiempo y un espacio confinados por el frío del olvido, que simbolizan, en su aparente fugacidad e

intrascendencia, la plenitud y el sentido de una vida. Poesía que avanza al desandar, palabra que emerge no tanto para fijar la realidad como para reconocer la incertidumbre y la inestabilidad de toda contemplación, así es el escenario generado por la escritura que en este libro puede leerse, donde el mundo desaparece detrás de la palabra que lo inscribe, un libro que se abre con un texto memorable en el que la pulsión de la vida —materializada en esa sonrisa feliz de la hermana desaparecida— se sobrepone a la devastadora presencia de la muerte.

A partir de ese momento, todo es errancia y desierto (Antonio Machado, Unamuno, René Char y Edmond Jabès probablemente se encuentren al fondo), camino por cubrir y no destino alcanzado, ebriedad y exilio en un viaje sin fin alimentado solo —como se afirma en el poema que cierra el volumen— por el deseo ardiente e insaciable de conquistar las cosas, y a una escritura planteada de este modo no le cabe otra opción que abismarse en ese hueco que el lenguaje intenta atravesar para alcanzar esa realidad cercada por el vacío que responde a la fórmula, como decía ese otro transterrado nacido en Uruguay llamado Eduardo Milán, “toda escritura poética es escritura faltada” (*Justificación material. Ensayos sobre poesía latinoamericana*, 2004: 89). Escritura, pues, de la pérdida, la indigencia, la búsqueda apremiante de sentidos, entendida como un espacio donde conviven las palabras escritas con las palabras silenciadas y donde, en su *interior*, o su *au-delà*, o su *afuera* se intuye la posibilidad de rozar un lenguaje en el límite de las palabras, como intuyera Blanchot, entendido no tanto como un punto de cierre sino como un lugar sin ubicación, ilocalizable, una contingencia que articula y separa, estructura y disgrega, una línea imaginaria que escinde la norma y la transgresión, lo propio y lo ajeno,

un límite —una frontera— que no es señal de clausura o índice de agotamiento sino invitación a traspasar su espacio y ver lo que hay al cruzar el umbral. Pasar, traspasar: “descubrir cómo el paisaje se ensancha en / la medida de la altura / que vas haciendo tuya” (p. 82), como leemos en el último poema del libro. Y a partir de ahí, vivir en la incertidumbre permanente, rodeados por un silencio y un vacío extremos, convencidos de que si hay una certeza, esa no es otra que aquella que nos recuerda que, como esas rarezas bibliográficas conservadas en la biblioteca paterna, también nosotros nos transformaremos “en un polvillo que sacudió el aire” para dar paso a esa “nada desmenuzada” (p. 78) que todo lo invadirá.

Escuchar —o leer— ahí, en ese territorio despojado de certezas, la palabra de Fernando Aínsa y entenderla en su manifestación simbólica ya no tanto como un particular ejercicio de autoridad o proyección de una determinada identidad sino como una señal inequívoca de haber estado ahí, una oportunidad para refundar la vida en la mirada de unos “ojos jóvenes y enamorados descubriendo el mundo por primera vez” (pp. 67-68), como se señala en uno de los poemas. Es sabido que, si bien la escritura finaliza cuando el escritor acaba su trabajo, la poesía no hace sino empezar entonces, cuando comienza la lectura, que habrá de verse como un montaje y que inaugura —por decirlo con una expresión blanchotiana tomada a su vez de Bajtín— esa especie de “diálogo inconcluso” que es la literatura, diálogo abierto y no cerrado, iniciado y condenado a errar permanentemente sin poder encontrar su fin. En esa errancia se encuentra este singular y, repito, extraordinario libro que ha escrito nuestro nómada más insigne, Fernando Aínsa.